

Ensayo monográfico

Homenaje a Luis Rius



Vida y poesía de Luis Rius

Arturo Souto Alabarce

Verdad a medias, y por ello muy cuestionable, es que la obra de un artista se debe a la extinción de su personalidad. Si muchos datos biográficos resbalan sin dejar huella perdurable, algunos hay que entran a formar parte sustancial de la misma. En el caso de Luis Rius, a quien dedico estas páginas que nunca hubiera querido escribir, no puedo soslayar algunos hechos y circunstancias que considero importantes motivaciones. Lejos de haberse evaporado están presentes y son raíz y razón de sus poemas. Claro es que la poesía una vez escrita adquiere autonomía, y su lectura debe ser inmediata y actual, pero habiendo asistido en muchas ocasiones a sus orígenes y nacimiento, no puedo menospreciar su historia. Por eso, sobre un breve esquema biográfico, intentaré subrayar algunos referentes que el propio poeta solía señalar.

Luis nace en Tarancón, Cuenca, Castilla la Nueva, el 1 de noviembre de 1930, y muere en la ciudad de México en enero de 1984. Vida breve según la estadística moderna, pero malamente segada cuando llegaban sus trabajos poéticos a una plenitud en ascenso. Sitios y lugares que en sí mismos, por accidentales, no significan mucho, pero que vistos más de cerca van formando la urdimbre que relaciona inequívocamente vida y poesía. No lejos de Tarancón, el castillo en ruinas de Garcimuñoz, donde en el asalto a su muralla cayó herido de muerte Jorge Manrique, uno de los poetas más queridos por Luis, quien, como él, siempre se sintió desterrado en el tiempo. Su padre, Luis Rius Zunón, licenciado en Derecho y poeta por vocación, autor de un romancero sobre los amores de Fernando Muñoz con la reina María Cristina, alentó en él muy tempranamente el gusto por la poesía. De ahí, en gran parte, la presencia constante de los clásicos, Lope sobre todo, y también el ritmo, el aire de los cantares populares. Niño todavía, Luis empezó a escribir en verso dramones de capa y espada cuya métrica él creyó haber inventado. En su memoria, Tarancón, Castilla, España, eran un horizonte columbrado al través de crónicas y leyendas. De la naturaleza en torno, lo primero que vería son campos llanos y silenciosos, tierra enjuta. El signo dominante es la tierra un tanto esteparia de la Mancha, la “tierra adentro” que será uno de los referentes en sus poemas.

N. del ed. En adelante y para todos los artículos de esta sección, los poemas transcritos fueron tomados de la edición de la que se da la referencia.

Contigo, labrador, yo por la tierra abrasada
mi frente de viento y sol.
Tierra llana: que infinita
la llanura y la pasión.
Lento el andar, alto el cielo
yo contigo, labrador
con el grano del deseo
vamos soñando los dos
en la mano la semilla,
la sed en el corazón.
Cielo y viento; sueño y tierra;
seco camino, temblor
en el alma; polvo y fuego:
¡la llanura y la pasión!
Lento el andar, lento, lento,
¡yo contigo labrador!

Tiempo después, de un poema que, autocensurado severo, no quiso volver a publicar, son estos versos:

Soy español porque he nacido viejo
y no sé de otro gusto que el amargo;
porque en mis ojos, con mirada triste,
no saben apartarse del pasado;
porque en lo más profundo
de mi espíritu, hay algo
de bueno y de sacrilego,
de soñador, de místico y de bárbaro.

Pero Tarancón no es sólo un primer referente de tiempo y espacio, es también el recuerdo de la guerra. Allí hicieron estragos unos y otros. La columna anarquista del rosal, por ejemplo, que sería más tarde desalojada por el gobierno republicano. La guerra civil del 36 deshizo familias, dividió al país, trastocó generaciones. En breve: cambió súbitamente todo proyecto de vida, ese deseado futuro que a pesar de no ser mueve a la acción. A ese violento desvío alude al poeta con recurrencia obsesiva, que parece revelar el tema más significativo de su poesía.

A los seis años, de la mano de sus padres, pasó Luis Rius al exilio. Francia, Nueva York, al cabo México. Colegios, idiomas, culturas nuevas. Sobre las imágenes invertebradas de la guerra, resumidas siempre en separaciones. No debe extrañar a nadie que la guerra de España lo distanciara de todo extremismo político, uno de los males seculares tantas veces señalado. Es también la respuesta a las luchas internas en el seno del exilio republicano. El tajo, la

división, las confrontaciones fueron agria enseñanza para los niños que vivieron la guerra reflejada en sus mayores. Si habían pensado algo para ellos —un destino, por ejemplo— se imponía de pronto el futuro imprevisto.

Esa desviación se convierte en angustia existencial, donde predominan el subjuntivo, los condicionales. Escribe Luis:

Llegó aquí después
o antes, a destiempo.
Erró los caminos
y los paralelos
y los meridianos,
los mundos enteros.

Él iba a otro mundo.

Llegó aquí. Extranjero
fue de sus palabras,
y de sus silencios,
de todas sus horas,
e su mismo cuerpo.

Él iba a otro mundo.

Llegó aquí. Y ha muerto
un día cualquiera,
en cualquier momento,
antes o después,
pero no a su tiempo.

Él iba a otro mundo.
Lo desvió el viento.¹

La generación de Luis Rius no fue desterrada y transterrada. Sin voluntad propia los más, esos niños y adolescentes hijos de exiliados no se desterraron como sus padres. No vinieron: se les trajo a México, y en México se educaron, se formaron, se nacieron en el más unamuniano sentido de la palabra. La guerra civil, “el éxodo y el llanto” fueron para ellos un despertar violento del que no tenían, no podían tener conciencia. Que años más tarde asumieron la actitud, las ideas de sus padres, es otra cosa. Por eso, no debe identificarse el grupo de poetas hispano-mexicanos: Luis Rius, Tomás Segovia, Jomi

¹ Luis Rius, “Llegó aquí espues”, en *Cuestión de amor y otros poemas*. México, Promexa, 1984, p. 57.

García Ascot, por ejemplo, con los propiamente desterrados. Como es evidente, hay entre ellos tantas diferencias que semejanzas. El problema de España sin duda ejerció una influencia que dura hasta hoy, pero a tras mano, indirecta y sutil. Entre los influjos están, desde luego, los colegios fundados por los emigrados republicanos. Pensando en volver a España en poco tiempo, se mezcló en ellos la educación mexicana con la española. Se produjo así un muy concreto mestizaje, una afición que puede considerarse como extraordinaria de alumnos, planes de estudio, ideales de cultura, en fin. Como es bien sabido, la vuelta a España nunca se dio, pero los colegios se convirtieron en una especie de puente intercultural muy importante.

120

Luis terminó sus estudios de bachillerato en la Academia Hispano-Mexicana, en donde hizo amigos que lo serían de toda la vida. Ejemplos: Alberto Gironella, Horacio López Suárez, José Luis González Iroz y los más, aprendices de escritor o de pintor. Ya por esos años, Luis comenzaba a escribir versos en serio. En la Academia, tuvo la suerte —la rara suerte, debe decirse— de conocer como maestros a profesores ilustres que en otras circunstancias sentarían cátedras universitarias. En el Instituto Luis Vives, en la Academia Hispano-Mexicana, en el Colegio Madrid, niños y adolescentes tuvieron el privilegio de llevar clases con Arturo Arnaiz y Freg, Francisco de la Maza, Agustín Millares Carlo, Emilio Prados... la lista es larga. Por lo que a las letras se refiere, Luis y sus amigos recibieron la cordial, generosa orientación de Isidoro Enríquez Calleja.

Al salir de la Academia, embarcado por su padre, entró Luis a la Facultad de Derecho, y muy pronto comprendió que la jurisprudencia no era su camino. Decidido en su vocación literaria, en 1948 se inscribió en la Facultad de Filosofía y Letras. Estaba entonces en San Cosme. Memorable Mascarones y su recoleto claustro, frente al bullicio callejero y el chirrido de los tranvías. En esa paz de piedra, con sus estípites barrocos, con su fray Alonso de la Veracruz en torno del cual paseaban los alumnos con su café sahumado de tabaco, en el que se aprendía a veces más que en el aula, filósofos, poetas y humanistas encontraban un cobijero refugio a sus fantasías. En la Facultad, Luis fue discípulo de maestros notables como Julio Torri, erudito en literaturas medieval y francesa; Francisco de la Maza, no sólo brillantísimo estudioso del arte virreinal de México, sino también poeta de gusto impecable; Amancio Bolaño, profesor de fonética y gramática histórica.

Luis fue alumno de Julio Jiménez Rueda, Francisco Monterde, Ermilo Abreu Gómez y de los más jóvenes entonces, como José Luis Martínez y María del Carmen Millán. Asistió a cursos de Alfonso Reyes y de Carlos Pellicer, sobre quien escribió un excelente estudio. Esto es: conoció a muchos de los más eminentes literatos mexicanos. Paralelamente a sus estudios formales, Luis seguía haciendo versos, pero la disciplina académica es arma de dos filos.

Por un lado, madura y disciplina al joven escritor; por el otro, puede limitar, incluso esterilizar la imaginación; en el caso de Luis Rius, cuya trayectoria poética es sin duda ascendente, este fenómeno contradictorio lo afectó de manera cuantitativa. Hubiera escrito mucho más de no haberse inhibido por una rigurosa autocritica. Aun así, de la “dureza” científica lo salvaba, en esta primera etapa de su juventud, la tertulia casi diaria con los amigos.

Como suele ocurrir con muchos poetas, Luis tuvo, además de su valía artística, una personalidad sumamente atrayente. A la vez tímido y conversador, siempre cordial y mesurado, reunía en torno suyo muchos amigos. Si de cuando en cuando sus ironías podían volverse un tanto cáusticas, había en el fondo de su actitud una bondad natural que lo libraba de toda pedantería. Sobre el debate de opiniones contrarias, sobre el posible conflicto de ideologías opuestas, ponía ante todo la amistad a la que siempre fue leal. De ahí que no le preocuparan demasiado las polémicas literarias o políticas. Más que el mundillo intelectual, con su veladas poético-musicales, sus chismes y rencillas, sus máscaras y juegos de ingenio, lo que verdaderamente gozaba era la charla con los amigos entre nubes de tabaco, botellas de vino, corridos de Lucha Reyes o cante jondo. Las discusiones intelectuales vendrían por añadidura, mejor dicho: el arte para la vida, y no al revés. Su ingreso a la república de las letras, por ejemplo, se dio en el estudio de Alberto Gironella, entonces muy joven, habilitado en un cuarto de azotea de la casa de sus padres. Allí, ante los primeros cuadros del pintor, oliendo a linaza y trementina, entre libros, dibujos, revistas y demás papeles, se pasaron horas, días, años, Luis y sus amigos. Se hablaba y discutía mucho de política (todavía era reciente la Segunda Guerra Mundial, y Franco, en España, estaba en pleno apogeo), de pintura y literatura, pero sobre todo, ante todo, de amor y de mujeres, fueran ideales o carnales. De cuando en cuando, Luis leía alguno de sus poemas, precedido, como siguió acostumbrando después, por un modesto preámbulo que pretendía de alguna manera excusarse por lo escrito. Ese año se publicó *Clavileño*, primera revista literaria que Luis dirigió, ilustrada por Francisco Moreno Capdevila y por mi padre. La revista no estaba vertebrada ideológicamente, se dijo, pero era la libre, ingenua, primera expresión de un grupo literario.

Clavileño sucumbió en el número dos, mágico al parecer, pues en él fenecen tantas revistas jóvenes. A pesar de ello, se amplió el círculo de redactores: Manuel Durán, Enrique Echeverría, Horacio López Suárez, Rafael Segovia... Ya en ese tiempo, el grupo literario “hispano-mexicano” se escindía en tres vertientes: los que hicieron *Clavileño* con Luis Rius y Alberto Gironella a la cabeza; los que más o menos simultáneamente fundaron *Presencia*: Enrique Echeverría, José Miguel García Ascot, Francisco Aramburo, Carlos Blanco, Manuel Durán, Lucinda Urrusti, Roberto Ruiz... (con más fortuna y mayor

consistencia alcanzó *Presencia* muchos más números), y por último, los que podrían llamarse “independientes”: José Pascual, Enrique de Rivas y César Rodríguez Chicharro, sin revista impresa en este tiempo. Y amigo, pero un poco apartado de todos, Tomás Segovia, quien en ese mismo año del 48 iniciaba una pequeña, fina hoja, siéndolo en efecto de manera literal. Ineludibles y en realidad provechosos deslindes que en la temprana juventud marcan un estilo. Más tarde, conforme se perfilaban cada una de las distintas personalidades, vendrían nuevas revistas que se fueron integrando a lo que se conoce con el nombre de Generación del Medio Siglo. Rius fundaría *Segrel* en 1951 con Celedonio Martínez Serrano y Francisco de la Maza; es oportuno recordar aquí una colaboración de Ramón Gómez de la Serna, bastante olvidado por entonces en “su tercera España” de Buenos Aires. Años más tarde, Luis colaboraría en numerosos diarios y revistas: *El Nacional*, *Las Españas*, *El Heraldo*, *Diálogos*, *Universidad de México*, *Cuadernos Americanos*, etcétera. Habiéndolos publicado antes en impresos, periódicos, y tras muchas dudas, Luis se decidió a publicar su primer libro de versos en 1951: *Canciones de vela*. Con pie editorial de la revista *Segrel*, que se proponía sacar a la luz una colección literaria en volúmenes sueltos, reunía veintiséis poemas, escritos algunos tres o cuatro años antes, a los diecisiete o a los dieciocho. Fue prologado por el autor y acompañado de un epílogo de Julio Torri, prueba de su estimación en un crítico tan sabio y selectivo.

Canciones de vela

Cantar o canciones de vela es el nombre que en la Alta Edad Media se le daba a cierto tipo de composición poética que supuestamente entonaban los centinelas en sus guardias nocturnas. Por los años en que se escribió este primer libro, Julio Torri, en su cátedra de literatura medieval, exponía la poesía de Gonzalo de Berceo. A Rius, en ese entonces, le entusiasmó la lírica castellana del siglo XIII, la románica, curiosamente revelada en uno de los más sabios y sutiles escritores mexicanos. Dice el poeta en su prólogo:

Lector: Con timidez que no quiere ser desconfianza, pongo en tus manos estas *Canciones de vela*. La confusión de mis sentimientos al hacerlo es grande. No podría explicarte por qué raro fenómeno, mi temor se trueca en esperanza o mi firmeza en incertidumbre: curioso retablo de contradicciones que me desanima y alienta a la vez.²

² L. Rius, *Canciones de vela*. México, Segrel, [1951], p. 7.

Un prólogo modesto e ingenuo como entonces era su poesía, como entonces era Luis. Mucho ha pasado desde aquel tiempo, mucho, pero hay algo que no cambió: la rara mezcla de temor y esperanza que tiene el artista verdadero cuando entrega su obra. Porque Luis, a fuer de discreto, nunca estuvo del todo satisfecho con sus escritos. Lector profundo, lector sobre todo de poesía, intuitivo, atento siempre a los más delicados matices, a la más sutil musicalidad del verso, que podía iluminar en sus cátedras como pocos lo han hecho, ¿cómo no iba a ser el primer y más exigente lector de su propia obra? Firmeza e incertidumbre. Firmeza de un don poético innato, y a la vez incertidumbre que el estudio y la experiencia aportaron con los años. Esto explica que de su primer libro expurgara más tarde el setenta por ciento de los poemas originales.

123

El segundo libro de poemas de Luis Rius, *Canciones de ausencia*, se publicó en 1959 por la Universidad de Guanajuato, donde Rius fue a colaborar con José Rojas Garcidueñas en la fundación de la Facultad de Filosofía y Letras. Allí el poeta pasó varios años como profesor de literatura y su recuerdo todavía perdura. Ausentándose de unos amores —y esto explica el título—, la etapa de Guanajuato fue, sin embargo, decisiva para Rius. Una misteriosa casualidad hizo que el poeta fuera a vivir la época más intensa y gozosa de su existencia en la ciudad más afín a sus gustos, lecturas, temperamento. Dos poemas en ese libro son testimonio explícito de su vida en Guanajuato, dos poemas que pasaron la dura prueba del tiempo, y la más dura del autor, nos señalan hasta dónde fue honda la huella de aquellas vivencias. En este libro, afirma Rius, motivos característicos: amor ideal, nostalgia, soledad, camino. Aparecen también otros motivos menores que llamará “invención varia”, juegos poéticos con que el autor intenta escapar a su propia melancolía. Un ejemplo son los villancicos de Navidad. Con todo, el eje de su obra poética, lejos de ser festivo es honda, angustiadamente existencial. El amor es la única respuesta a una actitud de interrogación constante.

... Y tú y yo moriremos
pero esta noche quedará guardando,
eternamente viva, el lento golpear de nuestros pasos.

Cuando la soledad habite su recinto abandonado,
le hablará de tus ojos que lloraban,
De las caricias tristes de tus manos.

Aún quedará el misterio
de nuestro amor, como un largo ocaso
la luz del sol ya ha muerto.
Tendrá la noche un resplandor dorado.

Tú y yo ya no estaremos.
Nuestras almas, vagando
sin sangre y sin camino.
Pero la noche quedará esperando,
eternamente viva para poder a veces recordarnos.³

124

Si pudiera bosquejar la personalidad de Luis con una sola palabra, para Luis sería “sosiego”. Esto es: actitud contemplativa, ritmo lento, mesura. Quizás quienes lo conocieron consideren impropia esta opinión. Y es que Luis, esencialmente pacífico, pausado, de pronto se dejaba arrebatado por entusiasmos que a primera vista parecían romper esa contención con que se acostumbra a describir a los estoicos. En el tablado flamenco, al soterrado fuego del cante jondo y la manzanilla, se le subía súbitamente a la cabeza el duende negro, se quitaba la corbata y a veces el saco que arrojaba a los pies de la danzadora, jaleándola como un auténtico gitano. Eran, sin embargo, fugas, exhalaciones de un temperamento domeñado por la cordura. Apasionado, pero en el sentido original del término pasión. Pasivo, compasivo, naturalmente ajeno a toda violencia, fuera verbal o física. Y este carácter se trasluce en sus poemas. Aunque admirase a los aventureros, a los desafortunados, Lope, por ejemplo, lo suyo era la actitud contemplativa. Antes la nostalgia que la desesperación, la ironía que el sarcasmo, antes Garcilaso que Quevedo. Frente a la España negra y la torsión barroca, la serena claridad de Cervantes.

El tercer libro de versos salió a la luz en 1965, editado por Era. Es ya un fruto maduro que corresponde a una etapa crítica de vida y poesía. Fluyendo del amor-ilusión al amor-muerte, es un ejemplo de la ambivalencia propia de Rius. Los 51 poemas que integran *Canciones de amor y sombra* son la expresión definida del poeta. En su plenitud temática alcanza en ellos perfección formal y profundidad.

Una vez más, sólo que perfilado con trazos más firmes, nos hallamos ante el estilo breve, conciso, diáfano que lo caracteriza. Afinidades, resonancias que, como artista que lo sea verdaderamente, se manifestaban más o menos abiertamente en sus libros anteriores, están ahora por completo asimiladas a su original personalidad poética. Se añaden además dos aspectos nuevos en la obra de Rius, que son el soneto, como el que comienza “Engaño de la vida hora tras hora...”, y la poesía erótica, rara y difícil en nuestra lengua por muchas razones, y que el poeta ha resuelto con elegancia. Una evolución poética determinada sin duda no sólo por su mayor experiencia y conocimientos literarios, sino lo que es mucho más importante: una mayor riqueza y profun-

³ Luis Rius, *Canciones de ausencia*. Guanajuato, Universidad de Guanajuato, 1954.

didad de vivencias. La actitud, el tono inocente del primer libro, que tiende a la idealización romántica de la amada, del paisaje, del mundo en torno, se han transformado en angustia, en desarraigo, en pesadumbre. La canción antes esperanzada se vuelve endecha. Aparece en la poesía de Rius un tema central, quizás el más esencial de todos los que ha tocado: el sentirse extraño en el mundo que le rodea. “Mi ciudad —ha escrito en uno de sus mejores poemas— es un largo / paisaje de humaredas silenciosas”.

Canciones a Pilar Rioja, publicado por Alejandro Finisterre en la colección Ecuador 0°0'0”, obtuvo el Premio Olímpico de Poesía en 1968. Es un fervoroso homenaje a la bailarina, pero es también un canto a la danza como la más antigua y mágica de las artes. Un libro de amor y erotismo sublimado que sabe contenerse, sin embargo, en los límites del verso conciso y exacto. Si se quisiera buscar una poética en la obra de Rius, una serie de líneas que pudieran dar una imagen de sus ideas sobre la naturaleza de la poesía, su especificidad, es en *Canciones a Pilar Rioja* (fuera de la obra explícita y de carácter didáctico que Rius tiene sobre el hecho poético) donde debería buscarse. Para el poeta es esencial, por ejemplo, esta reveladora contradicción de la danza en que la bailarina logra definir la belleza mediante el más fugaz movimiento; esta captura de lo huidizo, esta instantánea detención de la flecha del tiempo llegó a ser verdaderamente obsesiva para Luis. Un misterio que se manifiesta dramáticamente en la danza, pero que es común y radical al arte en su conjunto, y sobre todo a la poesía.

Canciones a Pilar Rioja es el cuarto y último volumen de poesía que Rius viera radicalmente impreso. Una antología, pues, que por razones estéticas y vitales criba y depura las obras escritas hasta el momento en que de manera brutal se le revela a Rius un fin cruel; razones vitales he dicho antes porque el poeta sabía bien que ésta no era sólo una selección de sus poesías, sino su más íntimo, profundo, verdadero testamento. Consciente de que el texto es lo único que puede quedar de un escritor, a Rius le preocupaba mucho este libro último y definitivo. Cuando explica la selección de sus versos diciendo que: “varios de ellos los he retocado en mayor o menor medida, que va desde cambiar una palabra por otra hasta modificar o suprimir versos enteros y aun estrofas”, no aclara, desde luego, que está escribiendo estas líneas mismas desde la cama del hospital o que había corregido sus poemas bajo el efecto de toda clase de analgésicos, sedantes, venenos, a la sombra de la muerte. A pesar de estas circunstancias, el escritor se impuso y logró dar fin a su testamento literario, que es lo que debe interesar.

Lo más difícil para él fue, sin embargo, su propio rigor estético, ya que era siempre el primero y más crítico lector de sus poemas. No era Rius un poeta verboso ni mucho menos fácil. Escribía poco, lenta, prudente, esforzadamente. Sin llegar nunca a extremos juanramonianos, rara vez confiaba en sus versos.

Y es que la disciplina académica le había impuesto una autocritica tan dura que llegó a ser negativa. Aquí reside la explicación de la brevedad. No se pone en duda que el estudio y el método agucen la capacidad selectiva, pero puede afirmarse que en el caso de Rius, como en el de otros muchos escritores, puede convertirse en inhibición paralizadora. Lo que importa, con todo, es que si *Cuestión de amor* es, en efecto, una apretada antología (ocho poemas, por ejemplo, de veintiséis, en el caso del primer libro), se encuentran algunos de los más bellos del autor.

126 Que Rius fuera tan exigente consigo mismo explica sólo en parte el rigor selectivo. Además de las estéticas hay otras causas tanto internas como externas. En el primer caso, el hecho de que Rius escribía siempre a partir de una intuición, de una imagen fugaz, cuando y si ésta se daba. Nunca escribió por sistema, por disciplina de trabajo. Cazador al vuelo: una vivencia, una palabra, una idea, un pretexto para que el poema naciera hecho, completo, armado de todas sus armas. Vendría después la primera lectura —el oído sobre todas las cosas— atenta, alerta, preocupada, el vocablo que suena o disuena, su precisión, su poder evocador, pero todo ello resulta ya secundario. Primero ha tenido que darse la intuición, la visión total del poema antes de ser dicho, de ser escrito. Es evidente que no cedan estas intuiciones sin un previo y largo ascetismo que Rius ejerció durante muchos años, aun en contra suya, como se ha señalado antes. Porque se trata, en efecto, de un ejercicio de contención, de una espera estoica que no siempre es fácil de llevar. Y sobre todo este desierto aparente —del que mucho dijo Valle-Inclán, a quien siempre Rius leyó con renovado entusiasmo— de cuando en cuando la intuición da en el blanco como una saeta.

Esta forma de trabajo corresponde, además, a su personalidad literaria, a su estilo. Rius es un ejemplo de la profunda relación que hay entre un artista, su carácter, su temperamento, su fisiología misma, y la obra que produce. Cierto que sólo el texto permanece, pero nunca nos será posible reducirlo a un mero objeto. Poeta, pues, breve y esencial, en su obra, en su poética, en sus opiniones literarias. Cervantes y Azorín, maestros suyos desde la infancia, lo formaron en el horror a la retórica, feo vicio de la literatura española. A estos factores estéticos, internos, se agregan causas externas también; baste recordar el hecho, de todos conocido, de lo difícil que resulta publicar poesía, y de lo que aún resulta más difícil: el mucho ánimo para seguir escribiéndola en el vacío.

Cuestión de amor es un libro de cierta manera testamento, porque Rius tenía puesta una gran esperanza en esta antología, no tanto por razones literarias como por motivos vitales. No se dirige el poeta a otros poetas, ni a los críticos, como muchos lo han hecho a lo largo de la historia literaria, ni tampoco a un lector remoto como en el ejemplo clásico del náufrago que arroja

la botella. Para quienes escribe son apenas unas cuantas personas, concretas, amadas, y en ellas, o por ellas, a todas aquellas que les sean afines.

Nada de un público distante, abstracto, en último término irremediabilmente desconocido, sino precisamente lo contrario: escribir para alguien en particular que de alguna manera está en el poema.

Se divide este último libro de Rius en tres partes: la primera, “Arte de extranjería”; la segunda, “Cuestión de amor”; la tercera, “Invención varia”. El autor, en la nota que precede al texto, explica la disposición de los poemas en el volumen. No se presentan según el orden cronológico en que fueron escritos o publicados, sino según sus temas y tonos. A este respecto dice el poeta: “las dos primeras incluyen los poemas de temática recurrente en mí; la última, los de temas y tonos que me son menos frecuentes y algunos tan sólo ocasionales”. Dos grandes temas, por tanto, reiterados, casi constantes en su obra, la tercera parte, que no por serlo disminuye de calidad poética, comprende algunos de los mejores poemas del autor: instantes en los que se capta la fugacidad de la danza, homenajes a grandes amigos, vivencias de Guanajuato (etapa esencial de su biografía literaria), extraños poemitas de cruel ironía, canciones infantiles; es decir, un variado registro de motivos que integran un solo ciclo poético.

“Arte de extranjería”, idea y título que aparecen ya en el título de “Voz viva” y en donde se encuentran las mejores poesías de Rius, manifiestan una de las dos grandes vertientes existenciales que ocuparon el centro de su vida y ocupan el de su obra. Consiste la primera en el sentimiento contradictorio, a veces oscuro, a veces luminoso, de encontrarse entre dos mundos. Es obvio que este estado de ánimo parte de una vivencia muy concreta: la de pertenecer a una generación hispano-mexicana resultado del exilio republicano en este país. No es éste, lugar para extenderse sobre lo que tal hecho significa, pero lo que interesa destacar es que desde tal perspectiva se puede comprender el contexto en que ha escrito Rius la mayor parte de sus poemas. Estar —como hace muchos años definiera Francisco de la Maza, “Nepantla”—, pertenecer a una raza de hombres “fronterizos”, como dijera el propio Rius, ha producido toda una larga, rica, complicada gama de matices anímicos e intelectuales, una confusión que a veces se vuelve muy lúcida. Guerra y destierro, un hecho, por consiguiente, que ha determinado una muy particular morfología existencial. Ser desterrado, o transterrado, no sólo es una experiencia más o menos anecdótica; es, según define Tomás Segovia muy precisamente, una “condición de vida”. Son muchos los años en que se ha discutido este problema, que cada cual, según los casos, ha resuelto o creído resolver. Rius, por ejemplo, creyó alguna vez haberlo superado en el sentido de su indudable poder enriquecedor. Estar entre dos mundos puede, a la vez, como un limbo y como un más ancho libre horizonte. Pensaba así en sus momen-

tos de esperanza y optimismo. Con todo, no es fácil desdecir el pasado, desandar el camino, y Rius, en lo más íntimo, sentía a fondo lo que dice en uno de sus poemas, por cierto recogido en la presente selección:

Desterrado por siempre, desterrado
seguiré mi camino,
que ya no sabré hallar sin el callado
y el polvoso sayal del peregrino.

En esta frontera, en esta zona híbrida, crepuscular, llena de sorpresas y de misterios, de profundísimas contradicciones y afinidades, ha encontrado Rius sus más logradas imágenes poéticas.